la biblioteca lauretana hay un breviario, obra de los camaldulenses de los Angeles, que es una de las obras mas preciosas de su género; pero entre tanto artista y tan ilustres nombres estaba reservado el honor de crear una escuela nueva á otro fraile, de la cual habian de salir las obras mas acabadas de este arte, y este fraile era Lorenzo de los Angeles; nombre ilustre que por sí solo vale mas que el de cuantos acusan de incivil y egoista, de holgazan y enemigo de las artes al clero regular y secular; nombre que pronuncian y pronunciarán con respeto los siglos, y que en vano la calumnia se obstinará en oscurecer; sus iluminaciones merecieron tal aprecio en su siglo, que se buscaban á toda costa, y fueron tan admirables, que sus hermanos conservaron su mano como una reliquia. El breviario de Ca-Grimani que se conserva en la biblioteca veneciana, es admirable, y á su lado pudiéramos citar otras mil obras de tan reconocido mérito, que hoy mismo se pagarian á cualquier precio, y en las cuales, si no brilla la verdadera imitacion, se ve y aparece esa inspiracion religiosa, obra de aquel siglo que demuestra la piedad de las manos que las hicieron, y que contra lo que quisieran los detractores publica cuánto deben las artes al clero. Dedicados á este arte, llevó á su perfeccion el parecido Fr. Angélico de Fiesola, teniendo el honor de haber sido el primero que se dedicó á esta clase de pintura, que estudió cuidadosamente, y tal era su piedad y religiosa veneracion, que siempre que pintaba á Cristo derramaba abundantes lágrimas. Habiendo conseguido una exactitud cuidadosa con la costumbre de la miniatura, imitó correctamente y estudió lo íntimo del hombre para traducirlo á la variedad de actos y fisonomías, y llegó á conseguir tanto, que la suavidad de sus cabezas hace amar al pintor. Sus mártires en medio de los tormentos conservan una dignidad que revela aquella paz que el mundo no puede dar. Como recuerdo de sus glorias nos quedan los frescos del convento S. Marcos, haciéndose superior asimismo en las historias de S. Estéban y S. Lorenzo que adornan el Vaticano. Este humilde hijo de S. Francisco rehusó el arzobispado de Florencia que el pontífice le ofreció como recompensa de su trabajo por abrazarse con la pobreza de su convento que habia profesado; ejemplo que no imitan sus acusadores, y que no suele ser comun entre los artistas seglares, pero que nos complacemos en narrar á despecho de que nos llamen frailes apegados á costumbres que hoy condena el mundo ilustrado que nos desprecia y persigue.

Tenemos, pues, que el clero se consagró á todas las artes, que á él son debidos sus progresos y adelantos, que él las protegió, y que sus obras son las obras maestras en todas las artes. Así vemos que el fraile Teófilo enseña la pintura al óleo

en su manuscrito *De coloribus et de arte colorandi vitra;* que el arte de la escritura fué por los monjes perfeccionado, así como el iluminado, el grabado y la miniatura que se emplearon en las letras de los libros, abundando muy especialmente en los de iglesia y rezo; que la miniatura y la pintura tuvieron sus mejores intérpretes en los claustros, y al lado de Angélico no desmerece su discípulo Fr. Felipe Lippi; que la escuela de Rosselli tiene un escelente alumno en otro Fr. Felipe, uno de los colaboradores de la capilla Sixtina, y en S. Ambrosio de Florencia, que tiene grupos que no desmerecen al lado de los de Rafael. El clero llevó á todas partes las artes, y en todas las hizo florecer: á España trajo la escritura, el grabado, el dibujo, el iluminado; y en Alemania los misioneros introdujeron la pintura, llevando cuadros místicos para que ayudasen sus palabras en santa Isabel y santa Bárbara de Breslau, así como en los Bernardinos se ven pinturas de una prodigiosa antigüedad; el claustro de Heisbroun fué decorado en tiempo de S. Othon, y puede decirse que cada abadía y cada monasterio ofrece felices ensayos del arte, especialmente en las vidrieras, miniaturas y bordados. En Bohemia se hizo célebre la cofradía de los artistas; las esculturas de la catedral de Estrasburgo son admirables, y por decirlo de una vez, si queremos buscar los milagros del arte y queremos obrar con imparcialidad, preciso es buscarlos en los claustros ó en las iglesias, y ver en ellos la mano del clero que los impulsaba al buen camino, protegia su desarrollo y aligeraba su perfeccion.

Así vemos, que todas las artes deben al clero una proteccion que en vano se busca en los seglares: la arquitectura le debe sus adelantos, la escultura sus estatuas, la pintura sus mejores obras; en los monasterios, iglesias y catedrales, se hallaba reunido cuanto creaba el talento; allí bordados de sobresaliente mérito, allí pinturas y esculturas que asombraban, allí misales, antifonarios, salterios y otros libros llenos de adornos y miniaturas que admiran, allí custodias, candeleros y otros útiles de plata y oro, con pedrería, cuya riqueza y mérito artístico era indisputable; allí, en fin, la música inspiraba, y la dulce poesía de la religion se hacia sentir en el alma del artista y le inspiraba esas obras admirables del genio, que solo la religion puede crear. Así vemos, que los monjes y los clérigos consagrados al altar, no se desdeñaron ocuparse de las artes; los hemos seguido en todos los climas, los hemos admirado en todos los pueblos, los hemos visto en todas las naciones, y siempre haciendo florecer las artes, siempre difundiéndolas, siempre cultivándolas ó protegiéndolas. ¡Loor á ellos que tan bien supieron contribuir á la civilizacion del mundo! ¡Loor á ellos que tan bien supieron conducir las sociedades á su per-

feccion! ¿Qué responderán sus enemigos? ¿Presentarán títulos tan honoríficos á su gratitud? ¿Se creerán semejantes á los que deprimen, acusan é insultan? No lo creemos, porque sabemos que el cinismo no llega á tanto, ni es tan procaz el descaro; pero si acaso nos equivocamos en este particular, cerraremos este artículo con el catálogo de los hombres ilustres del clero regular y secular que en nuestra propia patria han cultivado y hecho florecer las artes, para que, á su vista, enmudezcan y se confundan sus detractores, y sus enemigos se avergüecen pensando que los nombres que narramos han salido de las filas del clero que insultan y llaman estúpido, egoista y enemigo de la civilizacion, que más que clase alguna protegieron y encumbraron.

Empecemos con nuestro trabajo y presentemos esos hombres ignorantes y ociosos que la maldad insulta, y que dedicados á las artes desde los tiempos más remotos, las han cultivado con tanto esmero y aplicacion, y veamos si al leer sus nombres y al ver sus obras, ratifican la mala opinion que, por su sugestion ó malicia, han formado del clero; pero si su terquedad les hiciese desconocer la luz en medio del dia, entonces los compadeceremos y perdonaremos siquiera sea por ejercer con ellos un acto de caridad. En la arquitectura encontramos al presbítero Sagredo dando preceptos y amaestrando á Diego de Siloe, para que inmortalizase su nombre en el famoso edificio de S. Juan de los reyes de Toledo. Pertenecientes al mismo siglo, son los dos monjes Gerónimos Fr. Juan de Sevilla y Fr. Juan de Toledo; en el XVI brillan los dominicos Fr. Martin de Santiago, dominico; Fr. Juan de Ezguerra, dominico; el hermano Juan de Tolosa, jesuita; Fr. Miguel de Arámburu, famoso arquitecto de Guipúzcoa; Fr. Antonio de Herrera, lego agustino calzado; Fr. Antonio de Villacastin, Gerónimo, obrero principal de la fábrica del Escorial. Hizo el aposento y celda de Cárlos V, en el monasterio de Yuste. Brillan en en el XVII Fr. Bartolomé Calzadilla y Fr. Felipe de Moron; D. Fr. Angel Manrique, obispo de Badajoz; el P. Fr. Alberto de la Madre de Dios, carmelita descalzo; Fr. Pedro Sanchez, benedictino; el hermano Alonso Matías, jesuita; Fr. Antonio Ortiz, cartujo lego, valenciano; el P. Pablo Albiniano de Rajas, jesuita; el P. Fr. Gaspar de Sant Martí, carmelita calzado de Valencia, arquitecto y escultor; Fr. Juan de nuestra Señora de la O, y Fr. Lorenzo de S. Nicolás, padre é hijo, autor el último del arte y uso de arquitectura que imprimió en dos volúmenes en folio, maestro de obras y arquitecto de Madrid. Los dos fueron religiosos recoletos de S. Agustin. Fr. Pedro de S. Nicolás, discípulo de Fr. Lorenzo de S. Nicolás y de una misma órden; el jesuita Francisco de Essasi, ingeniero y arquitecto; Fr. Diego, de Ma-

drid; el P. Fr. Luis, de Barcelona; Fr. José de la Concepcion, carmelita descalzo; el P. Fr. Antonio de la Concepcion, mercenario descalzo y arquitecto de Cárlos II. Ilustran con sus obras el XVIII, Fr. Manuel Ramos, portugués, religioso sacerdote de la V. O. T. de S. Francisco de Sevilla; el P. D. Tomás Vicente Tosca, presbítero del oratorio de S. Felipe de Neri en Valencia; Fr. Marcos de santa Teresa, carmelita descalzo; Fr. Juan de Ascondo, benedictino; Fr. Atanasio de Aznar, lego francisco y académico de la real de S. Fernando de Madrid; el padre Cristiano Rieger, jesuita, cosmógrafo mayor de S. M. y de su consejo en el real y supremo de Indias, maestro de matemáticas en el colegio imperial, autor de un tratado latino de arquitectura, que tradujo al castellano el padre Miguel Benavente, tambien jesuita y maestro de matemáticas en el mismo colegio imperial, con el título de *Elementos de toda la arquitectura civil*, un volúmen en folio; Fr. Francisco de santa Bárbara, lego gerónimo; Fr. Francisco de las Cabezas, lego francisco; Fr. Antonio de S. José Pontones, gerónimo, y el palacio nuevo de Madrid atestiguará con su diseño el buen gusto y sobresalientes conocimientos arquitectónicos del abate italiano. En el XIX nos presenta la ilustre órden de S. Benito á Fr. Pedro Martinez, maestro mayor de la catedral de Burgos; á Fr. Hilarion, arquitecto y constructor del monasterio de

Corias; á Fr. Gregorio, que lo fué del de la fachada y cámara del de Celanova, siendo el blason del monje Echano el gran puente de Villarente, así como el de Almaraz lo es del jesuita Ibañez.

En pintura tenemos en todos los siglos nombres no menos ilustres que la profesaron; el siglo XV recordará con orgullo á Céspedes, arquitecto, pintor y escultor de reconocido mérito; el XVI nos presenta á Fr. Vicente de santo Domingo y Fr. Pedro de Montoya; en el XVII encontramos al P. D. Martin Galindez, cartujo del Paular; Fr. Nicolás Borrás, Fr. Arsenio Mascagio, el cartujo Gaudin, Cotan, Fr. Juan de la Miseria, Magno, Fr. Cristóbal de Vega, Leonardo, el carmelita Adriano, los cartujos Berenguer, Leiba y Ferrado, Fr. Vicente Guirri, el hermano Ignacio Baeth, Cervera, Fr. Juan del Santísimo Sacramento, Melgarejo, Clarós, Rodriguez, Rici, Molina, Hispano, Bárcena, Benet, Fr. Cristóbal del Biso, Martinez y el celebrado Cohego. Llegó el XVIII y florecen los PP. Diaz, Huerta, Juncosa y Morales; la religiosa cisterciense Dª María de Valdés, Miñana, Barambio, Valencia, Irala-Yuso, Posadas, Iluveda, Villanueva, Piguatelia y Fr. Bartolomé de S. Antonio. De estos célebres artistas hay algunos de un mérito reconocido, y de Magno y de Rici varios cuadros en el museo de pinturas.

Si se trata de escultura, hallamos en el siglo XI á Didiero, abad del Monte Casino, haciendo

venir de Lombardía, de Amalfi, de Constantinopla, artistas para trabajar el mármol, oro, plata, hierro, madera, yeso y marfil. En España tenemos en los siglos XII, XIII, XIV y XV, escelentes escultores, como lo prueban las molduras y estatuas que se encuentran en nuestros templos, pertenecientes á estas épocas; pero el que sobresale entre todas es el ya nombrado Céspedes, cuya cabeza de Séneca, hecha en Roma por él para completar una estatua mutilada de aquel sabio cordobes, fué reputada al hallarse la primitiva, por mucho mejor; y ella sola es, por su belleza, capaz de formar la reputacion del artista más entendido. Viene el siglo XVI, y nos presenta á los benedictinos de Cardeña y á los religiosos, Prado, Beltran y Ruiz. El XVII tenemos al cartujo Galindez, á Fr. Gaspar de S. Martin y á Fr. Jaime Ribot. Ilustran el XVIII Fr. Francisco Capuz, los cartujos Illa, Descaladei y Vazquez de Granada, viniendo luego á completar este cuadro Fr. Manuel Ramirez Venavides. El siglo XV nos presenta al célebre platero Fr. Juan de Segovia, y el XVII, á Fr. Eugenio de la Cruz y Fr. Juan de la Concepcion, los tres monjes gerónimos. Si se trata de relojeros, el siglo XVI nos presentará á los gerónimos Salamanca, Avila y Sevilla, y al dominicano Fr. Francisco de Salamanca; y en el XVIII el artista de más mérito en esta clase fué Fr. José Cordero. Pasando al grabado, son ilus-

tres en el siglo XVII los nombres de Bejarano, los Arcos y Cárdenas; y en el XVIII Fr. Angel Iluesca y Fr. Marías Irala. Como iluminadores ó pintores de miniaturas, hallamos en el siglo XVI á Fr. Felipe de Toledo, Fr. Diego del Salto y el benedictino Palencia, publicando los libros de coro del monasterio del Escorial con su hermosa letra y magníficos iluminados, los nombres de sus autores Fr. Andrés de Leon y Fr. Julian de Fuentelsaz. En el XVII floreció el cartujo Galeas. En el XVIII, Fr. Manuel de la Huerta, mosent Eliseo Bononal y la ya referida Dª María de Valdes; y por lo que respecta á la escritura, dejamos ya manifestado cuánto la enaltecieron y perfeccionaron los monjes del monte Athos, monte Casino, y que á los de Cluny que vinieron á España en tiempo de Alfonso VI debemos la reforma de la nuestra, pudiendo presentar en música á Gui de Arrezo, el monje aleman Hecald, y á Francon de la Colonia.

Tales y tan gloriosos son los títulos con que proclamamos al clero regular y secular protector de las artes, y estas son las pruebas en que apoyamos nuestros asertos; á vosotros toca destruirlas, á vosotros, si no es verdad lo que decimos, confundirnos y humillarnos; pero si es verdad, si tenemos razon en cuanto aseguramos, os pedimos imparcialidad y justicia. Persígase si así os place y Dios lo permite por sus altos juicios que vene-

ramos, un instituto, una corporacion, un individuo, pero no se le insulte, no se le deprima; la imparcialidad, principal atributo de la justicia, pide que se premie lo bueno y se castigue lo malo; que se alabe lo digno de elogio y se repruebe lo que merezca vituperio; y como el clero no lo haya merecido, pedimos y exigimos de nuestros lectores, de nuestros enemigos mismos, la reparacion de las injurias que nos han inferido; y no las pedimos por lo que dice relacion á nuestras personas, puesto que, esas las tenemos perdonadas, sino por lo que dice relacion á institutos venerandos que en todos tiempos y en todas ocasiones, en cumplimiento de su deber trabajaron en pro de la humanidad y de la religion, llevando las luces del saber y los gérmenes de la civilizacion á todos los pueblos del mundo, como los que, al abrazar la vida religiosa, habian jurado una bandera evangélica en cuyo campo ondeaba el hermoso lema: *Non sibi soli vivere, sed aliis proficere;* lema que todo es menos la espresion de ese egoismo que sus enemigos pregonan y les imputan, y que ellos jamas tuvieron, como lo publican los mismos hechos, puesto que de haberle tenido y elegido por divisa, la suerte del mundo seria bien diferente de lo que vemos.

Quede, pues, sentado, que el clero regular y secular fué y es el mejor amigo de las artes; que es una injusticia presentarle como su destructor;

que las protegió siempre de cuantos modos puede protegerse, y que las cultivó con esmero; que estos asertos se demuestran por las indestructibles pruebas de los hechos, que nadie puede contrariar, y que decir lo contrario es un absurdo que repugna hasta al buen sentido, y por consiguiente, impropio de todo hombre de sano juicio y recto criterio. Nosotros, que consideramos al clero altamente civilizador y humanitario, nosotros, que con la historia en la mano le hemos seguido al traves de los siglos y de los sucesos, cumpliendo siempre con este deber sagrado, no podiamos dejar pasar sin correctivo la injuriosa calificacion de enemigo de las artes y se la hemos aplicado; quizá en el modo háyamos sido algo duros y en el lenguaje no todo lo comedidos que quisiéramos, y cumple á nuestro estado; si fuese así, ó se interpretase, suplicamos indulgencia, protestando que nuestro ánimo, si bien es el esclarecimiento de la verdad y el triunfo de la inocencia, nunca es, ni puede ser, el insultar, ni herir reputacion, ni susceptibilidad alguna, porque amamos en Jesucristo á todos los hombres, hasta á nuestros enemigos. Sin embargo, debemos advertir, que no podemos mirar con indiferencia ciertas palabras que se nos prodigan por hombres que no tienen otro título á la gratitud y prosperidad de las artes, que el de haber destruido lo que nosotros habiamos edificado, haciendo que solo pertenezcan ya á la his-

toria aquellos magníficos templos que presentábamos á la admiracion de los viajeros y de los que solo queda el sitio desmantelado y sombrío como acusador de una conducta que solo puede calificarse de *barbarie* y falta de civilizacion. Nosotros sabemos de edificios notables que no existen; conocimos un S. Felipe Neri, y hoy conocemos el sitio que ocupó; cuando templo fué visitado por los sabios y viajeros, hoy por nadie; era una obra admirable del renacimiento, y se perdió. Sabemos del convento de S. Francisco de Monforte de Lemus, y que fué levantado en cumplimiento de una sentencia; él era un monumento notable del estilo gótico, y que se admiraba con justicia, hoy no existe; aquellas molduras, aquellos adornos, aquellas estatuas, han desaparecido. ¿Y saben nuestros lectores dónde están sus mutilados restos? En el relleno del puente de Rivas altas. ¡Ni aun siquiera donde se admiren y vean! Esto hace mal, abruma, irrita.... esto no se puede sufrir. ¿Cómo los que destruyeron los monumentos nos llaman á nosotros, que los levantamos, enemigos de las artes? Esta sí que es injusticia.

Pudiéramos citar otras muchas obras de los Herreras, Toledos, Céspedes, Morales, Berruguetes y demas eminentes artistas nacionales y estranjeros que han dejado de existir, al menos para España, cuyo orgullo y gloria eran, pero nos abstenemos de ello, porque solo su catálogo ocuparia muchas

páginas depresivas del honor nacional, y harto nos rebajan los estranjeros para que háyamos de suministrarles tan abundantes armas; así pues, vamos á concluir nuestro capítulo esperanzados que hemos probado lo que nos propusimos, y que él podrá servir de desengaño á los ilusionados, y de enmienda á los detractores; si lo hemos conseguido, nuestros deseos están completamente satisfechos, y si hemos podido inspirar una idea que contribuya al arrepentimiento, entonces, no solo nos damos por satisfechos, sino que alabaremos al Señor, que se vale de los más débiles instrumentos para sus fines gloriosos, y besaremos su mano protectora que provee al remedio en tiempo oportuno, y jamas abandona la causa del inocente.

FIN DEL TOMO TERCERO.